



Entrada de Felipe II en Sevilla (1570), con la primera representación de La Giralda (ampliación renacentista de en 1568 de Hernán Ruiz, sobre el inicial alminar hi

Los Problemas de Conservación de la Arquitectura Moderna

David Rivera Gámez, Historiador, Doctor, ETSAM Politécnica de Madrid, Profesor del Departamento de Composición de la misma Universidad.

La afirmación de Le Corbusier en *Hacia una arquitectura*, su conocida y heterogénea colección de artículos publicada en 1923, según la cual “la casa es una máquina de habitar”, ha de ser tomada de modo literal en el caso del Movimiento Moderno, y la denominación de “maquinista” que habitualmente sirve de sinónimo para “funcionalista” o “racionalista” cuando hablamos de la arquitectura de los años 20 y 30, indica la amplitud de la influencia de la tecnología en el diseño y la construcción de los edificios del Movimiento Moderno.

Esta influencia no se limita al campo propiamente práctico y por decirlo así “real” en el funcionamiento de los edificios “maquinistas”, sino que determina de manera inextricable la naturaleza del aspecto exterior, los giros lingüísticos, los acabados e incluso en cierta medida la configuración del espacio según los principios de la planta libre, que conserva tantas reminiscencias del mundo industrial. Las continuas referencias a menudo explícitas que los arquitectos hacían a los medios de transporte (sobre todo transatlánticos y aviones) en la presentación formal

de sus edificios guarda una relación estrecha con la necesidad de sentirse “tecnológico” y de transformar la arquitectura como disciplina casi en un anexo de la ingeniería industrial, del mismo modo que las doctrinas políticas y organizativas de los arquitectos de la época pueden considerarse como un modo iluminado de ingeniería política y social.

Conservación del Patrimonio Arquitectónico. Restauración Monumental y Urbana

Del 11 al 15 de noviembre 2013

En jornada por las tardes, de 16.30 hs a 20.30 hs
Auditorio CPAU

Más información: curso_patrimonio@cpau.org

Dirección Académica

María Eugenia Rodríguez, Arq. UBA, Máster Oficial en Conservación y Restauración del Patrimonio Arquitectónico, Universidad Politécnica de Madrid.

Javier García Gutiérrez Mosteiro, Dr. Arq. Catedrático de la Escuela Técnica Superior Arquitectura Madrid, Universidad Politécnica de Madrid, Director del Programa de Postgrado Máster Universitario y Doctorado en Conservación y Restauración del Patrimonio Arquitectónico, en la misma Universidad.

Quizá el mejor ejemplo de la actitud de los *funcionalistas* hacia la tecnología se encuentre en la importancia muy especial que concedían a las instalaciones, un capítulo de la edificación que no había sido del interés de los arquitectos hasta las innovaciones introducidas a finales del siglo XIX por arquitectos indisputablemente modernos como Víctor Horta o Frank Lloyd Wright. Este asunto aparece tratado con cierto detalle en el clásico de Reyner Banham *La arquitectura del entorno bien climatizado* y no nos detendremos más en él, limitándonos a señalar que, como ocurre en el caso de los dispositivos mecánicos arriba aludidos, la obsolescencia veloz y fulminante de las instalaciones pone en un aprieto a los restauradores de la arquitectura moderna, cuyo conocimiento de los valores culturales y conceptuales de los edificios indica claramente que los dispositivos e instalaciones originales forman parte por derecho propio del concepto cultural de la arquitectura del Movimiento Moderno y deben por lo tanto ser conservados aun cuando sea de un modo indicativo, antes de insertarlos con ingenio en un diseño flexible de los nuevos usos del inmueble.

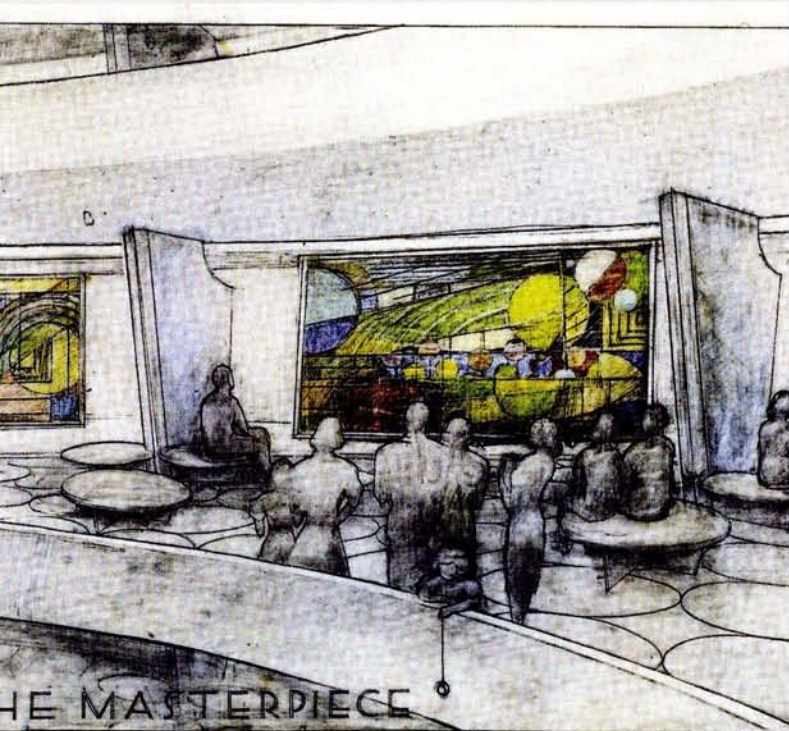
Claro está que la opción más sencilla está en recuperar y respetar todos estos dispositivos y abrir el edificio al público convertido en un museo del estado del arte, con el fin de que puedan ser admirados y comprendidos (casos de *Ville Savoye*, la *Casa Sonneveld*, la *Casa Tugendhat*, *Villa Müller* y tantos otros); pero esta opción sólo es aplicable a un número comparativamente mínimo de edificios paradigmáticos y a medio plazo resulta insostenible. Otra cuestión esencial relacionada con los aspectos técnicos y constructivos de la arquitectura del Movimiento Moderno es la de la limitada vida útil a la que estaban destinados estos edificios, bien sea por los errores

y defectos derivados del experimentalismo constructivo y el desconocimiento de la durabilidad del hormigón armado, o bien por la voluntad manifiesta de los arquitectos (Duiker, Sert, Meyer, Le Corbusier, Ginzburg) que expresamente calculaban una duración funcional razonable de 20 ó 30 años para algunos de los edificios que construían, y que debían dejar paso en el futuro a construcciones más eficaces y lógicamente más modernas. Este punto de vista, tan alejado de las ideas ecológicas actuales, entra también en abierta y frontal contradicción con la voluntad actual de proteger estos edificios como lo exige su estatus recientemente atribuido de genuinos monumentos modernos.

La cuestión del uso original y del nuevo uso está estrechamente relacionada con todos estos problemas, de modo que los restauradores deben idear usos compatibles con las formas y costumbres del pasado, o segregar unas áreas respecto a otras para mantener al menos una porción del aspecto ligero y transparente original.

Las nuevas tecnologías, por su parte, deben corregir ahora los errores o inadvertencias cometidos por los arquitectos, o que fueron producto inevitable del experimentalismo constructivo: es el caso de la pintura impermeable y elástica utilizada para proteger el exterior y la fibra de vidrio insertada para sellar el interior de los muros gunitados del *Guggenheim Museum* de Frank Lloyd Wright, o de los sistemas de tensado invisibles introducidos en los forjados de la pobre y desplomada *Fallingwater*. Las cubiertas planas cubistas y "racionalistas" de los años 20 a 50, foco de filtraciones catastróficas debidas a una opción ideológica o estética de vanguardia para cuya construcción la industria no se hallaba preparada, se corrigen ahora con telas asfálticas y toda clase de sistemas de aislamiento, mientras en algunos casos notables se crean puntos de drenaje invisibles y se corrigen las pendientes de las cubiertas y de los zócalos con el fin de proteger los edificios (véase el caso de los apartamentos 860-880 del *Lake Shore Drive*).

Pero el caso del Movimiento Moderno es extraordinariamente especial en el asunto de las opciones tecnológicas y constructivas, puesto que estos aspectos, aparentemente de base, como la fábrica de piedra o de ladrillo en la arquitectura anterior, derivan en realidad y desde el principio de las opciones programáticas y visionarias de un grupo de arquitectos intelectuales o reformistas, y por lo tanto se convierten en señas de identidad conspicuas de este tipo de patrimonio. El hecho de la veloz obsolescencia o ineficacia de muchos de los sistemas o recursos escogidos por ellos no resta valor cultural a sus propuestas, aunque liquida de hecho sus otros valores arquitectónicos funcionales o de programa, que los propios arquitectos modernos pretendían aparentemente privilegiar. Al contrario, las consecuencias imprevistas derivadas de la experimentación constructiva proporcionan a esta arquitectura otra seña de identidad propia. Pero al hacerlo plantean a los restauradores problemas insólitos hasta ahora y que sólo llegan a ser resueltos gracias a una dosis adicional de ingenio y a un conocimiento exhaustivo del inmueble tanto como de la cultura del momento y las opiniones de sus autores.



Dibujo de Wright mostrando la contemplación ideal de los cuadros sobre la rampa espiral